

La mancha

por Josep Gòrriz

Oriol era un chico con mucha imaginación. No necesitaba juguetes, cualquier cachivache le bastaba para sentirse feliz.

Por la mañana, al levantarse, una mancha de sol le despertaba, a pesar de que él no veía mancha alguna: era una hoguera, o la carpa de un circo, o un platillo volante...

Pero hete aquí que un día la mancha no apareció.

—¡Vaya! —exclamó—. Nubes a la vista.

Abrió las contraventanas, y... ¡sorpresa!: hacía un sol espléndido.

—¿Y la mancha? —suspiró con tristeza.

Sí que estaba, pero en lugar de manchar la pared se hallaba encima de la mesilla.

Como cada mañana, se acercó a ella para acariciarla, pero la mancha se retiró un poco.

—¡Caramba! —exclamó Oriol.

Se acercó nuevamente.

La mancha volvió a moverse.

—¡A la tercera va la vencida! —insistió, rápido como el viento, confiado de que la atraparía por sorpresa.

Pero ella corrió más deprisa.

Oriol estaba tan embaldado que no se percató de que la mancha salía por la ventana y se lanzaba al vacío.

—¡Auxilioooooo! —gritó con todas sus fuerzas.

Pero en vez de caer a la calle, sintió un tirón, como si alguien le tomara por los brazos y se lo llevara lejos, muy lejos.

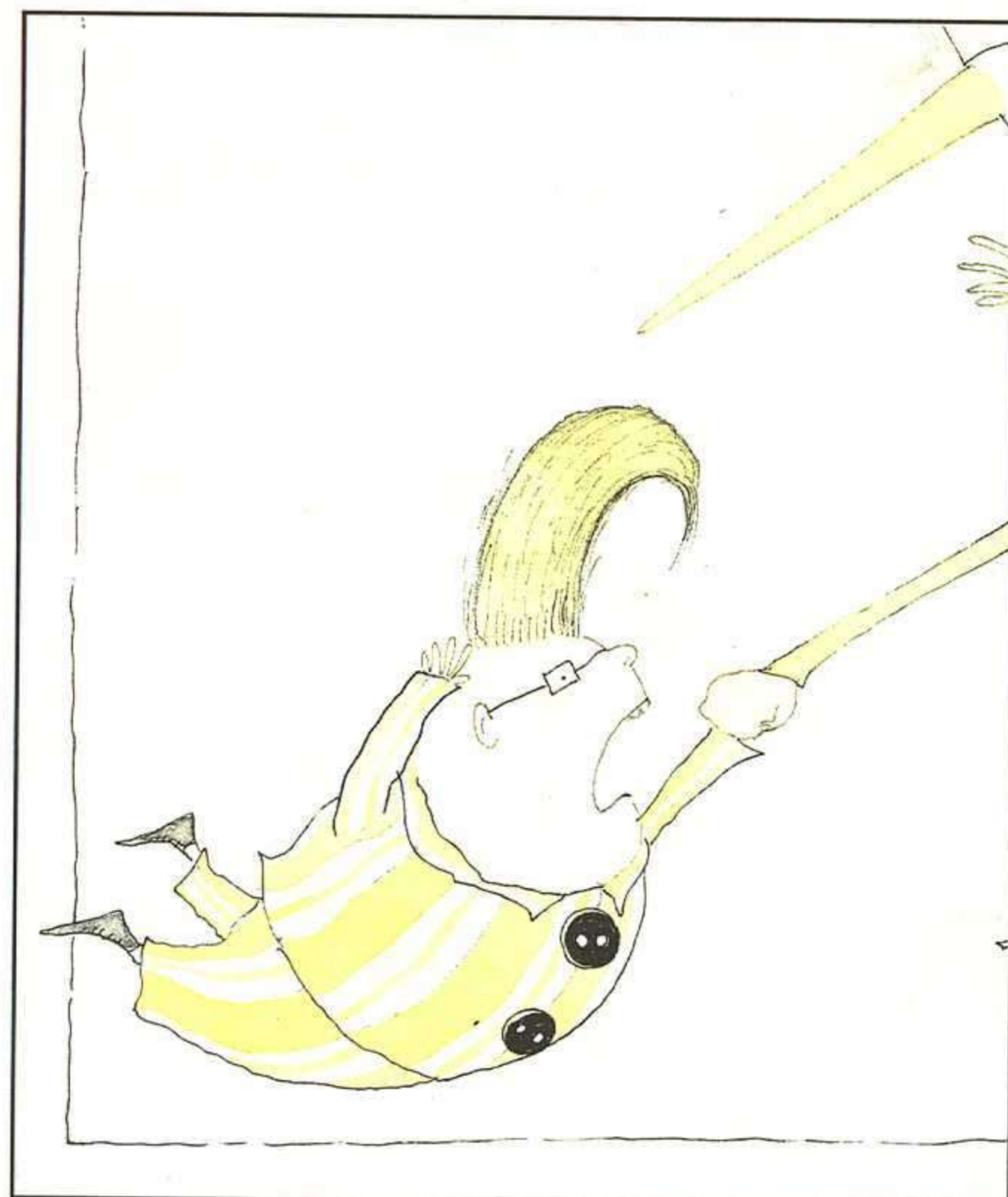
Tan y tan lejos que, de repente, el cielo era negro como la garganta de un lobo.

Pero enseguida se volvió amarillo.

Oriol cayó en una suerte de cojín redondo con pétalos alrededor, como una margarita, pero mucho más grueso.

—¿Dónde estoy? —se preguntó.

—¡Adivínalo! —contestó el



MARGARITA MENÉNDEZ.

cojín, que tenía ojos, nariz y boca, y hablaba.

Oriol puso los ojos como naranjas.

—Sí, señor —dijo el cojín—, es lo que estás pensando, yo soy el sol.

—¿Y por qué me has cogido?

—Estoy haciendo un álbum. Se titula *Cuentos de todo el mundo*, por eso cada día tomo un niño que posea imaginación para que me explique uno.

Oriol se sintió orgulloso.

—Pues has escogido la persona idónea: yo sé un montón

de cuentos. ¿Cuál quieres que te explique?: *El soldadito de plomo*, *El patito feo*, *El gato con botas*...

—Todos estos ya me los sé —replicó el sol—, yo quiero alguno nuevo, el tuyo.

Oriol se puso rojo como un pimiento.

—Es que así, de golpe y porrazo...

—¡Utiliza la cabeza!

—¿La cabeza? —repitió con un hilillo de voz, y acto seguido, encomendándose al patrón de su pueblo, se puso manos a la obra—: «Oriol tenía por cos-

tumbre jugar con una mancha de sol. Un día, la mancha se escapó por la ventana y él, que era un papanatas, la siguió. Iba a caer de un duodécimo piso, cuando sintió que le cogían. Se trataba de un brazo larguirucho, que le llevó hasta el sol...

—hizo una pausa, pero una pausa breve, porque había puesto la directa—. El sol era una especie de pulpo con más de mil brazos. El pobre sudaba a base de bien. Tenía tanto trabajo que no daba al abasto. «Oriol», suplicó, «querría un pelín de imaginación. ¿Qué he de hacer para calentar tantos lugares al mismo tiempo? No puedo reventar mi sueldo comprando brazos y más brazos.» Oriol pensó un poco. «¡Fuera brazos!», dijo. «Quítate los todos.» El sol creyó que se había vuelto loco, pero como la imaginación de Oriol tenía tanta reputación, dejó que obrara. Y cuando se los hubo quitado comprobó que no tenía que hacer nada para iluminar por todos los lados. La culpa era de los brazos, que entre ellos se hacían sombra. El sol, agradecido, le hizo príncipe y Oriol vivió como un maharajá. ¿Qué te ha parecido? —resopló el chico.

—Muy bonito —opinó el sol—. Tanto, que me gustaría devolvete el favor...

—¡Hombre —Oriol esbozó un ademán sagaz—, si me pudieses convertir en un príncipe! El sol rió con franqueza.

—¡No hay problema!

Oriol notó que le estiraban y en un abrir y cerrar de ojos volvía a encontrarse en casa, en su habitación.

Delante suyo, en la cabecera de la cama, estaba la mancha. Pero había cambiado de aspecto: ahora tenía forma de corona. Y justo en medio, escritas en un amarillo brillante, titilaban unas letras: Oriol Pi, 47.345°. Príncipe de la Imaginación.